

“SI ES POSIBLE
EL POEMA
ES POSIBLE
LA VIDA”

Miguel Oscar Menassa

LAS 2001

NOCHES

REVISTA DE POESÍA, AFORISMOS, FRESCORES

N.º 166 SEPTIEMBRE 2018

Publicación de difusión gratuita



Autorretrato posterior, de Miguel Oscar Menassa. Óleo sobre lienzo de 48x48 cm.

Lea en internet www.las2001noches

Desde el N° 1 (Enero 1997) al N° 166 (Septiembre 2018)

NADIE, NUNCA, ME ALCANZARÁ, SOY LA POESÍA

EDITORIAL

EDUCAR

Educación es lo mismo
que poner un motor a una barca...
Hay que medir, pensar, equilibrar...
y poner todo en marcha.

Pero para eso,
uno tiene que llevar en el alma
un poco de marino...
un poco de pirata...
un poco de poeta...
y un kilo y medio de paciencia concentrada.

Pero es consolador soñar,
mientras uno trabaja,
que ese barco, ese niño,
irá muy lejos por el agua.

Soñar que ese navío
llevará nuestra carga de palabras
hacia puertos distantes, hacia islas lejanas.

Soñar que, cuando un día
esté durmiendo nuestra propia barca,
en barcos nuevos seguirá
nuestra bandera enarbolada.

Gabriel Celaya



**ABIERTA LA MATRÍCULA
CURSO 2018-2019**

**ESTUDIA
PSICOANÁLISIS**



Una profesión con futuro cercano.
CLASES EN MADRID Y ONLINE

INFORMACIÓN E INSCRIPCIÓN EN EL TELÉFONO

91 758 19 40

Escuela de Psicoanálisis Grupo Cero

C/ Princesa 13, 1º Izda. - 28008 Madrid

Email: actividades@grupocero.info

NOTAS DE DIRECCIÓN

Toda precaución es poca, decían los antiguos. Más vale prevenir que curar, no hay mal que por bien no venga...

Así podríamos llenar páginas y páginas de enseñanzas transmitidas oralmente de generación en generación. Saberes que resuenan en nuestras cabezas más allá de la voluntad e independientemente de su veracidad, que damos por sentada.

El futurismo nació como corriente de las vanguardias artísticas en Italia, en 1.909, con el Manifiesto que publicó Filippo Tommaso Marinetti. En él se buscaba romper con la tradición, el pasado y los signos convencionales que la historia del arte consideraba como elementos principales.

Pregonaba el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso y la bofetada irreverente. Se recurría, de este modo, a cualquier medio expresivo (artes plásticas, arquitectura, urbanismo, publicidad, moda, cine, música, poesía) capaz de crear un verdadero arte de acción, con el propósito de rejuvenecer y construir un nuevo orden en el mundo.

Rápidamente se extendió a otros países, y en Rusia encontramos a uno de sus más fervientes practicantes: Vladimir Maiakovski. Éste llevó a su realidad cotidiana y a su escritura el futurismo hasta las últimas consecuencias.

Hoy día, creemos necesario publicar el texto completo de La nube en pantalones. No sabemos si nuestra sociedad actual coincidiría con las expectativas del poeta, no sabemos si es más humana que la de hace un siglo y tampoco sabemos si dentro de cien años habremos avanzado o retrocedido, pero siempre es bueno recordar las enseñanzas de nuestros mayores.

Conocer la historia es necesario, tanto para no repetir sus errores como para poder cambiar el presente. Debemos pensar en las generaciones futuras, en los humanos que estamos ayudando a crecer, en procurarles los instrumentos necesarios para que desarrollen su vida de la mejor manera posible.

Y una manera de hacerlo es, también, cuidar nuestro psiquismo.

Carmen Salamanca
Directora

LAS 2001 NOCHES

DIRECTORA:

Carmen Salamanca

DIRECTOR JUBILADO:

Miguel Oscar Menassa

SECRETARIA DE REDACCIÓN:

Cruz González

c/Princesa, 13 - primero izquierda

28008 MADRID (ESPAÑA)

Teléfono: 91 758 19 40

BUENOS AIRES:

Atención por skype o por teléfono:

664 72 15 87 - 91 758 19 40

actividades@grupocero.info

www.grupocero.org

VLADIMIR MAIAKOVSKI

Rusia, 1893

“LA NUBE EN PANTALONES”

I

¿Tal vez creen que la malaria me hace delirar?

Esto ocurrió,
ocurrió en Odessa.
«Vendré a las cuatro», dijo María.

Dieron las ocho.
Las nueve.
Las diez.

Y la noche
escapó de la ventana
al horror nocturno,
sombrio,
decembrino.

A mi decrepita espalda carcajean y relinchan
los candelabros.

Nadie podría reconocerme ahora:
esta mole musculosa
gime,
se retuerce.
¿Qué querrá esta mole?
Pues esta mole es mucho lo que quiere.

Porque para uno mismo no importa
ser de bronce
o tener un corazón de hierro frío.
Pero por la noche uno quiere
esconder su tañido
en algo blando,
femenino.

Y aquí me tienen
enorme,
doblado en la ventana
fundiendo con mi frente el hielo del cristal.
¿Habrà amor o no habrá amor?
¿Cómo sera?
¿Grande o pequeño?
¿Pero cómo un cuerpo así tendría uno grande?
Deberá ser pequeño,
un amorcito dócil.
Que saltará, asustado, al claxon de los autos
y amarà las campanillas de los tranvías tirados por caballos.

Metiendo todavía más
mi rostro
en el rostro picado de la lluvia
espero
salpicado por la estruendosa pleamar citadina.

La medianoche, apuntándome con un cuchillo,
me alcanzó,
me apuñaló.
(Te lo tienes merecido)
Y cayeron las doce
como la cabeza de un condenado cae del cadalso.

En los cristales gotitas grises
se fundían en una
mueca inmensa
como si aullaran las quimeras
del Notre-Dame de París.

¡Maldita!
¿No te basta con esto?
Pronto los gritos lastimarán mi boca.

Y oigo esto:
silenciosamente,
como baja un enfermo de su cama,
salta un nervio.
Primero
camina un poco
y luego
comienza a correr
nervioso,
con paso firme.
Y ahora éste y otros dos más
se lanzan a un zapateo desesperado.
Se desprende el enlucido en el piso de abajo.

Nervios
grandes y
pequeños,
muchos ahora,
galopan enloquecidos
hasta que
a ellos mismos les fallan las piernas.

La noche se extiende como limo en mi cuarto
y en ese limo se hunden mis ojos ya pesados.

De pronto la puerta comienza a rechinar
como si al hotel
le castañetearan los dientes.

Entraste tú,
rotunda con un «ahí tienen»,
torturando la gamuza de tus guantes
dijiste:
«¿Sabe usted?
Me caso.»

¿Qué tiene? Cásese.
No importa.
Resistiré.
¿No ve usted lo tranquilo que estoy?
Como el pulso
de un difunto.

¿Recuerda?
Usted decía:
«Jack London,
dinero,
amor, pasión»,
pero yo sólo veía esto:

usted es una Gioconda
que alguien debe robar!

Y así ocurrió.

Otra vez enamorado, entraré al juego,
iluminando con fuego la curva de mis cejas.
Pero ¿qué tiene de extraño?
¡Hasta en una casa consumida por el fuego
a veces viven vagabundos!

¿Se burla de mí?
«Posee menos esmeraldas de locura
que kopeks un indigente.»
¡Pero no olvide
que Pompeya pereció
cuando irritó al Vesubio!

¡Ey!
Señores
amantes
de lo sacrílego,
del crimen,
¿han visto lo
más terrible?
¿Mi rostro
cuando
estoy
del todo calmo?

Y ya siento que
mi «yo»
me queda estrecho.
Que alguien pugna por salir de mí.

¡Hola!
¿Quién habla?
¿Mamá?
Vuestro hijo está bellamente enfermo.
¡Mamá!
¡Sufre un incendio de su corazón!
Dígale a mis hermanas, a Liuda y a Olia,
que ya no tiene adónde ir.
Cada palabra suya
hasta la broma
que regurgita de su boca requemada,
se lanza afuera como una prostituta desnuda
de un prostíbulo en llamas.

¡La gente husmea
y les huele a quemado!
Trajeron a ciertos tipos.
¡Relucientes!
¡Con cascos!
¿Pero adónde van con esas botas?!
Háganles saber a los bomberos
que a un corazón ardiente se sube con caricias.
Déjenme, mejor yo mismo
achicaré mis ojos llorosos con barriles.
Permítanme apoyarme en la costilla.
¡Voy a saltar! ¡Voy a saltar! ¡Voy a saltar!
Y sólo caen los bomberos.
¡No es posible dejar de un salto el corazón!

En el rostro quemado,
de entre las grietas de los labios,

un beso abrazado quiere alzarse.

¡Mamá!
¡No puedo ya cantar!
En la pequeña iglesia de mi corazón se quema el coro.

Figurillas quemadas de palabras y números
abandonan mi cráneo
como niños en edificio en llamas.
Así el miedo,
queriendo agarrarse del cielo,
elevaba
sus ardientes manos en el Lusitania.
Ante las gentes temblorosas
en la paz de sus casas
un resplandor de mil ojos se desgajaba del muelle.
¡Un último grito:
tú al menos
clama a los siglos que me abraso!

II

¡Glorifiquenme!
No puedo compararme a los grandes. Y en todo lo que han
hecho pongo «nihil».
Jamás
quiero volver a leer nada. ¿Un libro?
¡Qué me importan los libros!
Antes creía
que los libros se hacían de este modo:
llegaba el poeta,
entreabría fácilmente los labios
y al momento comenzaba a cantar el simplón inspirado
¡ahí les va! Pero resulta
que antes de que se comience a cantar
caminan largo rato, les salen callos de tanto fermentarse,
y en el silencio chapotea en el limo del alma
el tonto pez de la imaginación.
Y mientras hierven, revolviendo con rimas
cierto guiso de amor y ruiseñores,
la calle se retuerce atrofiada, sin lengua,
sin tener con qué gritar ni conversar.

Orgullosos, levantemos de nuevo
las torres de Babel de las ciudades
mientras Dios
destruyendo ciudades
crea pastos
y mezcla la palabra.
La calle cargaba en silencio su tormento. Un grito le
asomaba al gáznate. Se erizan, atravesados de través en
taxis regordetes y huesudas calesas. Le han apeatonado el
pecho. ¡Peores que la tisis!

La ciudad cerró el paso con tinieblas.

**“Si es posible el poema
es posible la vida”**

(Miguel Oscar Menassa)

www.editorialgrupocero.com

¡Y cuando!...
 ¡De todos modos!...
 La calle escupió la turba a la plaza
 sacándose el atrio que aprisionaba su garganta,
 he pensado:
 entre un coro de arcángeles Dios, saqueado, va a castigar.

Y la calle se sentó y lanzó un grito: «Vamonos a llenar la panza».

Maquillan a la ciudad los Krupps y los kruppitos, amenazan enarcando las cejas. En la boca se pudren los cadáveres de palabras muertas, sólo dos viven y engordan:
 «canalla»
 y alguna otra más, «borsh», creo.

Los poetas
 reblandecidos en llanto y sollozos abandonan la calle, los cabellos hirsutos: ¿cómo tan sólo con esas dos cantarles a las señoritas, al amor, y a las florecitas cubiertas de rocío?

Y tras los poetas
 los millares que habitan la calle:
 estudiantes
 prostitutas
 capataces.
 ¡Señores!
 ¡Deténganse!
 Dejen de comportarse como indigentes,
 no se atrevan a pedir limosnas.

Nosotros, los robustos,
 que caminamos a trancos,
 no debemos obedecerlos, sino arrancarlos a todos ellos,
 a los que se aferran como un apéndice gratis a cada cama matrimonial.
 ¿Pedirles a ellos dócilmente «ayúdame»?
 ¿Rogarles con un himno, un oratorio?
 Creémoslas nosotros mismos como un ferviente himno entre el ruido de las fábricas y los laboratorios.

¡¿Qué me importa si bajo el fuego artificial de los cohetes Fausto se desliza con Mefistófeles por el parque del cielo?!
 ¡Sé
 que tengo un clavo en la bota,
 una pesadilla mayor que las fantasías de Goethe!

Yo
 pico de oro,
 de quien cada palabra renueva el alma
 y celebra el cuerpo,
 les digo:
 ¡la más diminuta mota de lo vivo
 es más valiosa que lo que he hecho y haré!

¡Escuchen!
 Predica
 convulso y quejoso
 Zaratustra, el labio-gritón de hoy.
 Nosotros
 con cara como sábanas soñolientas,

con labios colgantes como lámparas,
 nosotros,
 presidiarios de ciudades-leprosarios,
 donde el oro y el lodo han llagado a la lepra,
 ¡estamos más limpios que el azul celeste de Venecia
 que bañan a diario los mares y el sol!

¡Me importa un bledo
 que ni en Homero ni en Ovidio
 aparezcan gentes como nosotros,
 picados por la viruela del hollín.
 Sé
 que el sol palidecería
 si pudiera ver las reservas de oro que guardan nuestras
 almas.

Más seguros que los rezos son los tendones y los músculos.
 ¿Por qué habríamos de rogar una limosna al tiempo?
 ¡Nosotros,
 cada uno de nosotros,
 sostenemos en nuestras cinco
 las correas de transmisión del mundo!
 Esto me aupó al Gólgota de los auditorios
 en Petrogrado, en Moscú, en Odessa, en Kiev,
 y no hubo ni uno que no gritara:
 «¡Crucifiquenlo, crucifiquenlo!».
 Pero para mí todas las gentes
 (y también aquellas que me ofendieron)
 son lo más querido y cercano.

¿No han visto cómo un perro
 lame la mano que lo ha golpeado?

Yo,
 escarnecido por las tribus de hoy
 como un chiste largo y escabroso,
 veo cómo avanza a través de montañas de tiempo
 alguien para todos invisible.
 Donde el ojo de los hombres se desploma segado,
 cual un jefe de hordas hambrientas
 con la corona de espinas de las revoluciones
 llegará el año dieciséis.
 Yo soy un profeta entre las gentes,
 estoy donde está el dolor: en todas partes;
 me he crucificado
 en cada lágrima.
 Ya no puedo perdonar nada.
 He quemado almas donde cultivaban la ternura.
 ¡Algo más difícil que tomar
 miles y miles de Bastillas!

Y cuando,
 proclamando con una revuelta su arribo,
 salgan a recibir al salvador, yo
 me sacaré el alma, la pisotearé
 ¡para hacerla más grande!
 y así ensangrentada se la daré como estandarte.

III

¿Qué sentido tiene todo esto?
¿De dónde aparece en la luminosa
alegría ese blandir los puños sucios?

Llegaste,
y tu desespero corrió sobre mi cabeza
una cortina que me evitó pensar en el manicomio.

Y
como en la tragedia de un acorazado
entre espasmos asfixiantes
los marineros se lanzan por la escotilla abierta:
a través de
mi ojo desgarrado hasta el grito
salía, enloquecido, Burliuik.
Casi ensangrentados sus sufridos párpados
salió,
se incorporó, se acercó
y con ternura inesperada en
un hombre grueso de pronto dijo: «¡Qué bueno!».

¡Qué bueno cuando una blusa amarilla protege
tu alma de las miradas ajenas! ¡Qué bueno
si cuando te lanzan a los dientes del patíbulo
alcanzas a gritar:
«Tomen cacao de Van Gutten»!

Y este segundo fuego de bengala, sonoro,
no lo cambiaría por nada ni por mi propio pico.

Y entre el humo de tabaco, como una copa de licor,
se alarga la cara abotagada-ebria de Severianin.

¿Cómo se atreve a llamarse poeta
y gorjear tan gris como una codorniz?
Hoy
hace falta
pegarle duro al cerebro del mundo con una manopla.

Usted
a quien inquieta este solo pensamiento

«¿bailo elegantemente?» mire cómo me divierto yo:
¡chulo de plaza y tahúr de naipes!

A ustedes
por el amor reblandecidos,
que durante siglos
sólo han vertido lágrimas,
los dejaré,
me pondré el sol de monóculo en el ojo bien abierto.

Y ataviado de este modo increíble iré por la tierra
para gustarles aunque los queme y atado a una cadenita,
abriéndome camino, pasearé a Napoleón como a un dogo
enano.

La tierra entera se tenderá como una mujer,
agitará sus carnes, ansiosa por entregarse.
Sus ropas cobrarán vida

y los labios de sus ropas
sisearán zalameros:
«¡Precioso, precioso, precioso!».

De pronto
los nubarrones
y todo lo demás nuboso
levanta en el cielo una gran agitación
como si obreros vestidos de blanco se dispersaran
tras declararle una airada huelga al cielo.
De detrás de una nube, un trueno, furioso,
salió y se sonó las narices desafiante.
El rostro del cielo se crispó por un segundo
con la mueca severa del férreo Bismark.

Y alguien
enredado en los lazos del cielo alargó
sus brazos a un café: de una manera algo femenina,
como tiernamente,
y también como la cureña de un cañón.

¿Usted piensa que el sol, tierno,
palmea la mejilla del café?
Pues no, es el general Galiffet
que va a fusilar a los rebeldes.

Sáquense, transeúntes,
las manos de los bolsillos:
cojan una piedra, un cuchillo, una bomba,
y si alguien no tiene manos
que venga a golpear con su frente.

¡Vayan los hambrientos, los sudorosos, los sumisos,
los podridos en lo pulgoso y sucio!
¡Vengan
los lunes y los martes,
coloreémoslos con sangre como los días feriados!
¡Que la tierra se acuerde al sentir
los cuchillos de aquellos que quiso ultrajar!
¡La tierra,
cebada como una amante
de las ya usadas por Rothschild!

Para que los estandartes restallen en el ardor de
la metralla como en cada fiesta
que se digne de serlo: levanten
a la altura de los faroles
los cuerpos ensangrentados de los tenderos.

Blasfemando,
implorando,
acuchillando,
pasando por sobre alguien,
para hundir sus dientes en el costado,

en el cielo, rojo como la marsellesa,
temblaba, palmándola, el crepúsculo.

La locura absoluta.
Pero no pasará nada.

Caerá la noche, morderá algo, y se lo tragará.

¿No ve
que el cielo vuelve a ofrecer como un Judas
un puñado de estrellas salpicadas de traición?

Y por fin cae la noche.
Festeja como Mamai,
posando su trasero sobre la ciudad.
Esta noche, tan negra como Azef,
no habrá ojos que la atraviesen.

Encogido en el fondo de las tabernas,
me erizo. Riego con vino mi alma y el mantel
y veo:
en un rincón -mis ojos redondos como platos-
los ojos de la Virgen se me meten en el corazón.
¡Qué sentido tiene ofrecer
su resplandor pintado a esta turba tabernaria!
¿No ves que otra vez en lugar de al ultrajado
en el Gólgota prefieren a Barrabás?
Quizá yo, a propósito,
entre el amasijo humano,
no muestro un rostro más nuevo.
Aunque yo,
quizá,
sea el más hermoso de todos sus hijos.

Dale a ellos
enmohecidos en su alegría
la muerte rápida del tiempo.
Para que haya niños los jóvenes deben
crecer, hacerse padres,
las jóvenes, embarazarse.

Y a los recién nacidos déjenles
crecer las escrutadoras canas de los magos,
y vendrán
y bautizarán a los niños
con nombres tomados de mis versos.

Yo, que he cantado la máquina y a Inglaterra,
acaso, simplemente,
en el más común de los Evangelios,
soy el decimotercer apóstol.
Y mientras mi voz obscenamente ulula
hora tras hora, días enteros,
Jesús Cristo, quizás,
aspira el olor del nomeolvides de mi alma.

IV

¡María! ¡María! ¡María!
Déjame entrar, María,
¡no puedo vivir en las calles!
¿No quieres?
¿Esperas
que mis mejillas se hundan, que degustado por todos, soso,
venga
y masculle sin dientes que hoy
«seré asombrosamente honesto»?

María, ¿ves?
ya comienzo a encorvarme.

Por la calle
las gentes agujerean la grasa en sus buches de cuatro
pisos,
asoman por allí unos ojos
raídos por el trajín de cuarenta años
y chismorrean socarrones
porque entre mis dientes sostengo

-¡otra vez!-
el panecillo seco de una caricia de ayer.

La lluvia cubrió de llanto las aceras.
Como un pilla atrapado entre los charcos,
mojado, el cadáver olvidado de un adoquín lame la calle
y en las cejas grises,
¡sí!
en las cejas de los carámbanos
hay lágrimas,
¡sí!
y en los ojos entornados de las cañerías de desagüe.

La jeta de la lluvia ha chupado a todos los transeúntes. En
los carruajes un atleta sigue a otro atleta gordo. Revientan
las gentes de tanto comer
y a través de sus grietas gotea el sebo un río turbio que
fluye de los carruajes junto con un panecillo cubierto de
saliva y la masa masticada de viejas croquetas.

¡María!
¿Cómo hacer entrar en sus oídos grasientos una sencilla
palabra? El pájaro
pide limosnas con sus trinos; canta,
hambriento y sonoro,
pero yo soy un hombre, María,
un hombre simple,
que la tísica noche escupió en la sucia mano de la calle.

María, ¿quieres a alguien así? ¡Déjame entrar, María!

¡Mis dedos crispados aprietan la garganta de hierro del
timbre en tu puerta!

¡María!

Se enfurece el pastizal de las calles.
En el cuello tengo rasguños de una turba de dedos.
¡Abre!
¡Me duele!

¿No ves que tengo clavados en los ojos alfileres de
sombrosos de mujer?

¡Has abierto!

No temas, criatura,
si ves en mi cuello,
como una bestia sudorosa, la montaña húmeda de
mujeres: es que yo arrastro por la vida millones de amores
puros, enormes, y un millón de millones de sucios
amorcitos. No temas si otra vez desgraciado e infiel vuelvo
a sobar las caritas preciosas “de las miles que aman a
Maiakovski”, ésas que ya son una dinastía de reinas
entronizadas en mi alma de loco.

¡Ven, María, acércate!

Desnuda y sin pudor,
o quizá mínimamente temblorosa,
y dame el jamás marchito encanto de tus labios.
Mi corazón y yo nunca hemos llegado a mayo,

y en toda mi vida
hay un sólo centésimo abril.

¡María!
El poeta de sonetos canta a Tiana
pero yo,
hecho sólo de carne, hombre todo, sólo pido tu cuerpo,
como un cristiano pide: «Danos el pan nuestro de cada día».

¡Dámelo, entonces, María!

¡María!
Temo olvidar tu nombre
como el poeta teme olvidar
la palabra nacida
en el tormento de la noche
y que le recuerda a Dios por su grandeza.

Amaré, cuidaré de tu cuerpo como el soldado recortado por
la guerra, inútil,
solitario,
cuida su única pierna.

María, ¿no quieres?
¿No?

¡Ja!
Bien: otra vez, entonces, sombrío y cabizbajo tomo mi
corazón bañado en lágrimas para llevármelo, como el perro
que arrastra hasta su cubil
la pata aplastada por un tren.
Riego el camino con sangre de mi corazón
que se pega como flores de polvo en la guerrera.
Como la hija de Herodías,
el sol danzará mil veces rodeando la tierra,
como al cráneo del Bautista.

Y cuando haya danzado hasta el final los años que me
tocan,
millares de gotas de sangre cubrirán el camino que lleva a
la casa del Padre.
Saldré entonces
sucio (de todas las noches pasadas en las cloacas)
y me pondré junto a Él,
me inclinaré
y le diré al oído:
«¡Escuche, señor Dios!
¿Cómo no le aburre
en esta jalea nebulosa
mojar cada día sus bondadosos ojos?
¿Por qué no, sabe usted,
arma un carrusel
con el árbol del estudio del bien y del mal?».

Ubicuo, estará en cada armario y pondremos vino por toda
la mesa, para que hasta al taciturno apóstol Pedro le
entren ganas de bailar el ki-ka-pu.

Y otra vez llenaremos el paraíso de Evitas:
una palabra tuya y
esta misma noche
te traeré las más bellas muchachas
de los bulevares.

¿Quieres?

¿No?
¿Sacudes la cabeza, desgredado?
¿Enarcas tu ceja canosa?
¿De verdad crees que ése
detras de ti, ese alado, sabe qué es el amor?

Yo también soy un ángel, lo fui:
como un corderito azucarado miraba a los ojos
pero me cansé de regalar a las yeguas
floreros hechos con sufrimiento de Sévres.
Todopoderoso, tú inventaste las manos,
hiciste
que cada uno tuviese una cabeza
¿por qué, entonces, no eliminaste el tormento
de besar, de besar, de besar?

Yo pensaba que eras un diosazo omnipotente
y no eres más que un alumno retrasado, un diosencillo
minúsculo.
Mira cómo me agacho,
me saco de la bota
una navaja.
¡Bellacos alados!
¡Acurrúquense en el paraíso!
¡Larguen sus plumas temblando de miedo!
¡A ti, oloroso a incienso, te daré un navajazo
desde aquí hasta Alaska!

¡Déjenme ir!

No me detendrán.
Les miento,
no sé si con razón,
pero no puedo estar tranquilo.
Miren:
¡han decapitado de nuevo a las estrellas
y la matanza ha ensangrentado todo el cielo!

¡Eh, ustedes! ¡Cielo!
¡Quítense el sombrero! ¡Voy a entrar!

Silencio.

El universo duerme apoyando en la pata,
garrapateada de estrellas, la oreja enorme.

PROXIMOS RECITALES DE POESÍA DE MIGUEL OSCAR MENASSA

- 6 de octubre: Recital de otoño
- 20 de octubre: Poemas de amor
- 17 de noviembre: Poemas sociales
- 1 de diciembre: Recital de invierno
- 15 de diciembre: Recital de Navidad

SEDE GRUPO CERO

c/Princesa, 13 - 1º izda.

28008 Madrid

Información: 91 758 19 40

actividades@grupocero.info

Adelanto del libro
“ANTOLOGÍA POÉTICA”
 de Miguel Oscar Menassa

SOBRE EL AMOR

Es casi en el final
 que se apaga la llama
 y aparece el humo.

Es casi en el final
 donde los amantes creen
 que todo lo olvidarán.

Es casi en el final
 donde se miran con ardor
 pero ya todo, es imposible.

Es en el final
 donde no pueden ni mirarse
 y lo recuerdan todo.

El humo es ahora cenizas
 pero no de algún muerto,
 cenizas de un amor perdido.

Clarividencia la del amor
 cuando al romperse
 acepta haber gozado.

Acepta sin más
 en la próxima vuelta,
 hacerlo diferente.

Pero no tiene fuerzas,
 el amor al partir
 se llevó, también, el deseo.

La ceniza es ahora
 abono irremplazable
 para lo nuevo que nace.

De un amor que muere
 nace otro amor.
 El amor ha triunfado.

*De “Notas Diálogos Redes Sociales
 Flamenco, Tango y Poesía”*

www.miguelsenassa.com

AFORISMOS

-La historia la escriben los vencedores. (Anónimo)

-Historia es, desde luego exactamente lo que se escribió, pero ignoramos si es lo que sucedió. (Enrique Jardiel Poncela)

-Una cosa es continuar la historia y otra repetirla. (Jacinto Benavente)

-La historia es un incesante volver a empezar. (Tucídides)

-Quizá la más grande lección de la historia es que nadie aprendió las lecciones de la historia. (Aldous Huxley)

-No hay más que una historia: La historia del hombre. Todas las historias nacionales no son más que capítulos de la mayor. (Rabindranath Tagore)

-Dicen que la historia se repite, lo cierto es que sus lecciones no se aprovechan. (Camille Sée)

-Toda historia no es otra cosa que una infinita catástrofe de la cual intentamos salir lo mejor posible. (Italo Calvino)

-Evoluciones progresivas que crecen cada vez más, son la materia de la historia. (Novalis)

-La historia universal es el progreso de la conciencia de la libertad. (Friedrich Hegel)

-Los seres humanos hacen su propia historia, aunque bajo circunstancias influidas por el pasado. (Karl Marx)

-Los historiadores son personas que se interesan por el futuro cuando éste ya es pasado. (Graham Greene)

-La historia se repite. Ese es uno de los errores de la historia. (Charles Darwin)

-La historia es como una destilación del chismorreo. (Thomas Carlyle)

-Incluso el pasado puede modificarse; los historiadores no paran de demostrarlo. (Jean Paul Sartre)

-Feliz el pueblo cuya historia se lee con aburrimiento. (Montesquieu)

-No saber lo que ha sucedido antes de nosotros es como ser incesantemente niños. (Cicerón)

-Un historiador es un profeta al revés. (José Ortega y Gasset)

-La historia cuenta lo que sucedió; la poesía lo que debía suceder. (Aristóteles)

www.indiogris.com



**ABIERTA LA MATRÍCULA
CURSO 2018-2019**

ESTUDIA PSICOANÁLISIS



Una profesión con futuro cercano.

CLASES EN MADRID Y ONLINE

INFORMACIÓN E INSCRIPCIÓN EN EL TELÉFONO

91 758 19 40

Escuela de Psicoanálisis Grupo Cero

C/ Princesa 13, 1º Izda. – 28008 Madrid

Email: actividades@grupocero.info